



EL ECO DE CARTAGENA

NO XLIV

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM. 18718

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península: Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero: Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

Redacción y Administración, Mayor, 24.

MARTES 5 DE ABRIL DE 1904

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

Sobre el mismo tema

Dijimos ayer, que el asunto de las subsistencias se había hecho general hasta el punto de no haber en España localidad grande ni pequeña sin estar sometida á su influencia.

Raro es el día que al abrir el cambio no tropiecen los ojos con algún artículo referente á tan grave cuestión. Y son tan malos los pronósticos que en ellos se hacen y son tan nulas las esperanzas de remedio que dejan entrever, que se tiene por inevitable y fatal el conflicto que ha de plantear esa cuestión.

El tema es de los que no se agotan. Como su actualidad no pasa, no terminan las quejas y los que se consideran capaces de exteriorizarlas con la pluma, acuden á la prensa exponiendo opiniones y proponiendo remedios más ó menos radicales.

Lo peor del caso es que no se convence á los quejosos de que la carestía es razonable. Green, y puede que no estén desprovistos de razón, que el pan, la carne, las patatas y demás artículos de principal consumo estén tan caros, por qué entre el mercado y el consumidor hay una serie de elementos extraños que contribuyen á elevar los precios.

Se han como muchos de la carestía la guerra de Rusia y el Japon, el alza de los cambios, los aranceles, los consumos, los transportes, es decir, todo lo que ha servido hasta ahora para justificar subidas, no siempre razonables, excepción hecha de esa guerra del Extremo Oriente que parece la principal culpable de que el hambre llame á las puertas de España.

Discurriendo sobre este inace-

ptendencia dirigida á un periódico cortesano:

«Gobierno, Autoridades, Municipios, ¿qué haceis? ¿Qué clase de sastres sois que no «tomais medidas» para que el hambre vista siquiera un poco mas holgado su palido sayal? Tienen razón los que eso preguntan, y, exordios aparte, aquí sale á relucir, señor director, el objeto sustancial de estas líneas.

Porque, dando vueltas á ya escurrido caletre y estirando de acá y de allá, se me ha ocurrido también hacer una pregunta sobre eso de «las medidas». La pregunta, ni oscura, ni complicada, se reduce á la siguiente simple curiosidad: «El precio de los artículos llamados de primera necesidad, ¿es el que corresponde á su valor de producción, con los aumentos naturales que sobre este término deban acumularse, ó un justo motivo, hasta su entrega al consumidor?»

Quisiera hallar quien contestara razonadamente; porque si la respuesta se formula por quien pueda y deba hacerlo, en sentido justificado afirmativo, es de ir, si dentro de las condiciones que determinan ó regulan el «precio» de las cosas resultare natural y legítimo el que ahora alcanzan los artículos á que aludimos, lo los sabrán conformarse con la lamentable realidad, sufriendola resignados, á lo menos en aquella parte no susceptible de evitarse por el humano esfuerzo; pero si así no fuera, el resultado que va en la determinación del «valor» primitivo, ya entre el factor y el «precio», ó ya en ambas cuotas á la vez, se habían introducido términos extraños y de cuyo número y acción dependiera, en todo ó en parte principal, la elevación de la cosa en el mercado, á que el consumidor forzosamente ha de acudir, entonces el problema quedaría muy simplificado; tan simplificado, como que sólo exigiría para quedar resuelto, la eliminación

por cualquier método, de aquellos factores extraños. ¿Será éste el caso en general? ¿Ocurrirá, ó podrá ocurrir, que la crisis más ó menos real, ó mas ó menos buacada, de un producto alimenticio de indispensable adquisición, da de exclusivamente al consumidor y sea un manantial de mayor ganancia para otros, llámense productores, especuladores ó intermediarios? Triste sería que así sucediera; y en todo caso, bien vale la pena de aclararlo; porque si en las cosas no enteramente indispensables, ó en mayor ó menor grado superfluas, pueden tener aplicación ciertos principios generales de la economía política, en aquello que sea inmediatamente preciso para la vida, «salus populi suprema lex». No lo olviden los que deban tenerlo presente.

No es materia cuestionable ni dudosa la de que los Ayuntamientos y, en otro caso, el Gobierno tienen el deber de ocuparse de estas cosas; pero este deber ha de cumplirse en forma que garantice la positiva eficacia de la intervención oficial. En el caso propuesto, el estudio es bien sencillo, y los datos á reclamar y examinar son fáciles y concretos, que sería ocioso indicarlos ó proponerlos. De esperar es, por tanto, con tranquila confianza (como, en efecto, no lo esperamos) que la cuestión será planteada de frente y con el firme propósito de vencer los obstáculos, precaver las travesuras y anticiparse á las malicias que seguramente se opondrán al esclarecimiento del tema y consiguiente corrección de abusos, si los hubiere; pero, si así no se hace; si, en obsequio de todos, y más señaladamente en beneficio del pueblo, del jornal, del salario y del sueldo, no se despliegan las convenientes energías para evitar que la precaria situación que se atraviesa esté siempre en razón directa de la prosperidad que alcanzan la codi-

cia, la usura y el fraude; si, al poner la mano en este problema, no existe un formal intento de no llevarla hasta dejarlo definitivamente resuelto, entonces... entonces valdrá más no hacer nada, porque los resultados obtenidos con la marcha hasta ahora seguida fueron siempre contrarios, y, la verdad sea dicha, para que sigan disfrutando de su bienestar los que se hallan holgando en esta venta—como diría Santeiro,—no hay para qué embaldar el rucio, ni ensillar el palafrén, sino estomarnos quedos, y cada comadre hile, y comamos.

EL COMBATE DEL CANEY

Antayer se celebró en la capital de la nación, con la mayor solemnidad, el acto de imponer la corbata de San Fernando á la gloriosa bandera del provisional de Puerto Rico.

¿Qué hizo ese batallón? Algo muy grande; una heroicidad que fué la admiración de amigos y enemigos; el sacrificio de la vida por la patria, con el cual escribió en los fastos militares una página de oro de la que son los dueños á un puñado de vivos y á un montón de muertos.

Se enternece el corazón escuchando el relato de aquella proeza; y al recordar tan cruento sacrificio, la admiración avanza de los ojos lágrimas ardientes, que ora son de dolor ora de orgullo.

¿Qué hizo el provisional de Puerto Rico en El Caney?

Relatelo con fidelidad un extranjero, un soldado del Norte, el agregado militar de Suecia, que fué testigo de aquella heroicidad y por su condición de soldado, testigo y extranjero, tienen mayor valor sus impresiones, escritas por él mismo en párrafos hermosos que son un homenaje rendido á la memoria de aquellos quinientos valientes que durante un espacio no menor de diez horas, pelearon uno contra siete.

Hé aquí lo que dice el capitán Wester, que esto es el nombre del capitán sueco:

«El 30 de Junio por la tarde el ejército americano se concentró al E. de Santiago para prepararse al ataque.

La brigada Duffield se dirigió por la costa hacia Aguadores.

El núcleo principal de las fuerzas formaba dos agrupaciones: en El Pozo se situaron las divisiones Kent, y Wheeler con tres baterías, mientras la división Lawton, con una batería, marchaba hacia el N. para ocupar posición al E. de El Caney.

La brigada Bates constituyó la reserva, situándose al E. de El Pozo.

Frente á ellos, el general Vata de Rey ocupaba El Caney con 500 hombres de infantería, en Aguadores había 1.000, en el centro el general Linares emplazó sus avanzadas formadas por 1200 hombres, que se situaron en las alturas de San Juan, mientras que los fuertes de la entrada del puerto y los atrinchamientos que defendía, Santiago quedaban guardados con 5500 hombres.

El 1 de Julio, al punto del día, la división Lawton comienza su movimiento de avance hacia El Caney; la confianza reina en el campo americano, donde el único temor consiste en que el enemigo se escape sin combatir; pero en El Caney, como se verá, están muy lejos de pensar así.

Las casas del pueblo han sido aspilladas, se han abierto trincheras en un terreno pedregoso, y el fuego de unas y otras es resaca sobre un espacio de 600 á 1200 metros; en la punta Nordeste de la posición, el fuerte de El Viso, guarnecido con una compañía, ocupa una colina desde la cual se dominan todos los accesos.

Los americanos se proponían envolver la posición española, para lo cual la brigada Chaffee se dirigió desde el Nordeste hacia El Viso, la de Lullow, desde el Sudoeste hacia la desembocadura del cañón que une El Caney con Santiago, mientras que una batería se colocó en posición al E. del pueblo, y la brigada Miles ocupa al S. Descubren (3), formando el ala izquierda.

Hacia las seis de la mañana comenzó el fuego de las trincheras españolas; de improviso se descubre sobre ellas una línea de combates de paja; inmediatamente el ruido de una descarga, seguido de la desaparición de los sombreros; esta operación se repite cada minuto, observándose una gran regularidad y acción de una voluntad firme, lo que no deja de producir una profunda impresión en la línea de exploradores americanos; las balas cruzan el aire, rasando el suelo, hiriendo y matando.

Poco tiempo después, toda la brigada Chaffee se encontró desplegada, pero sin



BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 458

Esto cayó á los pies del joven oficial. Tarlesby y el sargento se apresuraron á cortar las ligaduras de Bartell.

El mayor que acababa de partir la cabeza á Bawarkhan de un sable ó digno de Rolando, corrió en seguida á reunirse con sus compañeros.

—¿Mister Craighton vive aún?

Tales fueron las primeras palabras de Bartell á Tarlesby.

Una nube oscureció la frente del indigotero. Contestó afirmativamente, mas con alguna duda que no pudo escapar á la inquieta mirada de Enrique.

—¿Dónde está? preguntó.

—Nos espera en Farnkhabad. Pronto hablaremos de ella, amigo mío.

Ocupemonos ahora de vos y de estos bandidos...

¿Qué buscáis ahí? añadió dirigiéndose al bravo sargento que andaba encorvado hacia la tierra.

—Busco al gran canalla que acabo de romper el brazo, respondió el sargento; ha caído aquí, y sin embargo, no le encuentro. Daba ser el jefe de los dacoits y quisiera ogerle.

Las pesquisas del bravo sargento y de Tarlesby fueron inútiles.

Después de haberse dejado caer como un cadáver, Jotha se había aprovechado de la obscuridad y del

LXXXII

—Craighton ha muerto, le dijo. En sus últimos momentos ha pedido perdón á Dios y á los hombres del escándalo de su conducta. Ha confesado todas las ofensas hechas á su esposa y reconocido públicamente la injusticia de los calumniosos rumores que él había dejado circular acerca de la conducta de Cecilia; en